

Ideas & Debates

Asignación de becas Bicentenario

En un país como el nuestro, con un nivel de inversión en capital humano evidentemente subóptimo, resulta difícil realizar algún tipo de objeción a tan noble oferta como la idea de crear un Fondo Bicentenario de Capital Humano que financie la posibilidad que durante la próxima década cerca de 30 mil estudiantes se formen en el extranjero.

El bajo nivel de los salarios que hoy se observa, más que un asunto de justicia, se relaciona con el deficiente nivel y calidad de la inversión en capital humano realizada por nuestros trabajadores. Cualquier avance que permita que los ingresos de las familias se incrementen, no por presiones, sino que como resultado de un incremento en la productividad, no puede sino resultar bienvenido.

Sin embargo, existen varios aspectos que pueden conducir a que el Fondo Bicentenario no alcance los loables beneficios que se ha propuesto. En primer lugar, ¿quiénes son los potenciales beneficiarios de las becas de postítulo en el extranjero? Las estadísticas socioeconómicas muestran que la transferencia de recursos que se realizará no necesariamente beneficiará a los de menores ingresos: los resultados de la encuesta Casen

2006 señalan que de las prácticamente 734 mil personas que asisten a la educación superior (universidad, centro de formación técnica o instituto profesional), y por ende potenciales candidatos a una beca de especialización en el extranjero, sólo 8,8% pertenece al 20% más pobre de la población, mientras que 31,6% corresponde al quintil más rico. Si la enorme inversión de recursos públicos en extremo beneficia sólo a los de mayores recursos, la idea puede tener consecuencias no deseadas en la ya nefasta desigualdad del ingreso de nuestra economía.

Cabe destacar que durante sus estudios en el extranjero el individuo adquiere conocimientos especializados, los que una vez de vuelta serán valorados por quien lo contrate, premiándolo con un mayor sueldo. Si el premio es en beneficio propio, quizás el rol del Estado en vez de entregar becas debería apuntar a facilitar el acceso a los beneficiarios, sobre todo a los de mayores ingresos, a un crédito en la banca privada, cada vez más desarrollada en este ámbito. Ahora bien, si la opción es realizar la inversión con recursos públicos, parece de extrema relevancia tener

un eficiente mecanismo de fiscalización para que sus retornos sean aprovechados por el país de manera directa, esto es, que efectivamente a su regreso el individuo contribuya de una manera tangible en aportar en la misión de transformar a Chile en un país desarrollado.

No obstante lo anterior, ¿es el gobierno el encargado de decidir cuáles son las materias o áreas en que los individuos deben utilizar estos recursos? Al menos así lo creen actualmente las autoridades, que condicionaron el que los beneficiarios del Fondo realicen sus estudios en materias relacionadas con lo que ellos determinen como áreas prioritarias para el país o bien en los clusters de desarrollo señalados por el Ministerio de Hacienda.

Estas exigencias castigan inmediatamente a quienes apuestan por nuevos campos laborales que quizás hoy no cuenten con un mercado demostrablemente amplio, pero que a futuro permitiría que el país cuente con una formación de capital humano determinada y valorada, lo cual es imposible de predecir en el presente. Por ende, limitar los recursos del Fondo a un grupo de carreras o campos termina perjudicando la inversión en capital humano a la que aspiramos y, así, nuestras opciones de transformarnos en un país desarrollado.



Alejandra Candia D.

Economista
Instituto Libertad

Limitar los recursos del Fondo a un grupo de carreras o campos termina perjudicando la inversión en capital humano a la que aspiramos y, así, nuestras opciones de transformarnos en un país desarrollado”.

Política inmigratoria en la UE

La atracción que causan los centros desarrollados, unida a la expulsión desde los países de origen por causas políticas y económicas, produce una sinergia migratoria imposible de contener.

El desplazamiento de los seres vivientes en busca de condiciones favorables a su evolución y desarrollo es algo que está en la naturaleza de las personas, animales y plantas. El impulso migratorio de las personas es, en definitiva, el instinto de supervivencia inscrito en su naturaleza, procesado por la inteligencia, según tiempo y lugar.

Es por eso que las migraciones son una constante a lo largo de la historia de la humanidad que, en la era de la globalización de las comunicaciones y sumado a la gran variedad de métodos de desplazamiento, resultan simplemente imparables.

Las medidas represivas siempre serán sorteadas por esa combinación de instinto de supervivencia e inteligencia, como está ocurriendo ahora mismo en Europa, Estados Unidos e incluso en América Latina.

En Europa los inmigrantes ya superan el 10% de la población. Han llegado atraídos por la expectativa de una mejor calidad de vida, pensando que la cuna de los

derechos humanos, de la democracia, del Estado del Bienestar, protagonista de masivas migraciones en el pasado, no puede traicionarse a sí misma y dar vuelta la cara a una realidad en la que, por lo demás, tiene una responsabilidad no tan lejana.

Ante la falta oportuna de políticas migratorias adecuadas, se ha producido allí una acumulación del número de ilegales muy difícil de administrar. Una sociedad civilizada debe disponer de medidas que cumplan con la doble exigencia de ordenar el proceso, según sus intereses, pero con estándares de acogida solidarios centrados en los derechos humanos.

El Viejo Continente aplica fórmulas que van desde el patrullaje militar del Atlántico, acordado entre Francia y Senegal, la vigilancia masiva del Mediterráneo, hasta el actual endurecimiento normativo, fuertemente cuestionado por las ONG y grupos políticos progresistas. No es comprensible tampoco económicamente —porque necesita de la inmigración para mantener su desarrollo, estructura laboral y sostener sus sistemas de seguridad social— que Europa apele a la represión frente

a un fenómeno más integral, de causas complejas, que la globalización ha acentuado. Es cierto que una inmigración descontrolada es fuente de ilegalidades, abusos, proliferación de mafias y va en contra de inmigrantes y de receptores.

¿Pero qué hacer en cuanto a soluciones de fondo, eficaces y duraderas? La respuesta existe desde hace mucho tiempo: se trata de tomarse en serio la creación de un nuevo orden mundial centrado en la equidad, con un comercio libre de trabas y distorsiones y un compromiso efectivo de los países desarrollados con las transferencias financieras necesarias para generar avances en las economías de los países del Tercer Mundo. Un Plan Marshall para África, por ejemplo, bien diseñado, suficientemente dotado y adecuadamente administrado, con *accountability*, puede sacar adelante a un continente lleno de recursos naturales y de población joven.

Asimismo, programas de apoyo institucional, fortalecimiento del Estado y apertura comercial con América Latina, producirían un efecto virtuoso, e inclusive, visto con sentido pragmático, serían una buena inversión comparada con los costos de una inmigración desbordada.



Héctor Casanueva

Director del Centro Latinoamericano para las Relaciones con Europa

Europa, protagonista de masivas migraciones en el pasado, no puede traicionarse a sí misma y dar vuelta la cara a una realidad en la que, por lo demás, tiene una responsabilidad no tan lejana”.